



MIGUEL LAGO



**Persiguiendo  
a Bécquer**



ESPASA

MIGUEL LAGO  
PERSIGUIENDO A BÉCQUER



© Miguel Lago, 2024  
© Editorial Planeta, S.A., 2024  
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 14.200-2024  
ISBN: 978-84-670-7445-1

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impresión: Black Print  
Impreso en España - *Printed in Spain*



Bécquer había aprendido pronto a hacerse el nudo de la corbata, un Windsor completo; apostaba siempre por un nudo ancho, con presencia, nunca le habían gustado ni las corbatas finas ni las camisas de vendedor de coches.

La primera vez que le pusieron una corbata tenía ocho años, cuando recibió en el pueblo la primera comunión, algo que se convirtió en un recuerdo inolvidable por ser lo único extraordinario, de lo que dispuso a pesar de la ocasión, tan relevante. No tenía un hermano mayor que hubiese guardado un traje de marinero para el que viniese después, y la relación de su madre con las vecinas no era de las que invitaban a favores mutuos. «Soltera y embarazada. Más puta que las gallinas», murmuraban.

El nudo se lo hizo su abuelo. El señor Manuel sabía cómo hacerlo, rodeó con ternura el cuello de su nieto con la corbata y mientras lo terminaba le dijo: «Eres ya un hombrecito. Hoy es un día importante porque vas a recibir dentro de ti algo que deberás recordar siempre: el corazón de un hombre bueno.

Eso es lo más importante, y cómo te tienen que recordar siempre, como un hombre bueno».

El espejo le devolvía a Bécquer el dibujo de alguien cansado ya de dar tantas vueltas. Cada vez que se miraba para anudarse la corbata, como si no fuese capaz de hacerlo a ciegas, reflexionaba sobre el punto en el que se encontraba, y el de aquella noche estaba claramente descompensado.

Hacía ya seis meses que había vuelto a España y todavía no había conseguido que Lucía le cogiese el teléfono a la primera, o por lo menos no tardase cuatro días en devolverle un wasap. Era una tortura. Por más que su hija tuviese derecho a desarrollar todos los tópicos habidos y por haber del padre ausente, Bécquer estaba haciendo un esfuerzo que por ahora resultaba completamente infructuoso.

Para su hija, a diferencia de la mayoría de hijas del mundo, tener un padre así no era precisamente un regalo. De hecho utilizaba el apellido de su madre para no tener que dar explicaciones. El apellido Bécquer pesaba demasiado, ella era hija de «el artista», «el mejor cómico de la historia de España», «el protagonista de la película española más taquillera de la historia», «el hombre que enganchara a los españoles hasta altas horas de la madrugada con su programa diario», «el único que, sin dedicarse a la música, era capaz de llenar plazas de toros e incluso estadios», y, por supuesto la definición favorita de su propio padre: «el gran seductor». Lucía estaba se-

gura de que debajo de la camisa llevaba este lema impreso en una camiseta, si no tatuado en un brazo. Para ella era solo el hombre que llevaba más de veinte años haciendo llorar a su madre y que siempre estaba demasiado ocupado frotándose el ego.

«Una vuelta y ya tenemos el nudo». Esa noche tocaba pasar calor, la gala exigía etiqueta, y aunque Bécquer solía pasarse esas indicaciones por el forro, y no precisamente el de la chaqueta, en aquella ocasión iba a cumplir pero con matices. Si bien es cierto que lo de los *looks* extravagantes cada vez iba quedando más atrás por una cuestión de edad, todavía su vestuario tenía trazos de la locura de vestimentas con las que había aparecido en diferentes alfombras rojas. Bécquer atesoraba en su colección más de trescientos trajes distintos, cada cual más extravagante, divertido y loco que el anterior. Lo de vestirse de modo discreto era algo que había adoptado de manera más reciente.

Siempre que se vestía recordaba momentos pasados en los que quizá un poquito de esa recién llegada moderación hubiera sido necesaria. El ejemplo palmario fue la gala de los Oscar de 2015.

Bécquer acudió con la delegación española; la nueva película de Alejandro González había sido un éxito, logrando incluso la nominación a mejor película de habla no inglesa, y el papel de Bécquer como

miembro del reparto le permitió aparecer nuevamente en el Teatro Kodak de Los Ángeles, aunque luego se fueran de vacío. La película había supuesto, además, para el artista, que la industria comenzase a verlo también como un actor dramático solvente, y eso que la filtración de las primeras imágenes vestido de cura hicieron presagiar todo lo contrario.

La fantástica idea que tuvo Bécquer entonces fue aparecer ataviado con un traje fucsia de tres piezas. Nuevamente consiguió el objetivo de llamar la atención de toda la prensa y también de lograr récord de memes.

Digamos que así vestido a Bécquer se le veía hasta de lejos, y tuvo la mala suerte de dar un canutazo a una televisión hispana justo al lado de Clint Eastwood, y claro, el viejo *cowboy* no iba a dejar pasar la ocasión de echar una de sus famosas miradas cortantes a aquel extravagante personaje. Y las redes sociales explotaron.

Nunca en la vida se habían reído más de él, lo que le causó un poquito de sufrimiento. Pero tantos años después, lo que le provocaba era una sonrisa. La opción de aquella noche era traje negro, camisa blanca y corbata negra. A fin de cuentas, cada uno de esos eventos se parecía cada vez más a algún tipo de funeral absurdo.

El coche lo recogió puntual; lo cierto es que la gala benéfica más importante del verano sabía hacer las cosas, menudo carro. Bécquer se subió acompañado de su nueva conquista, una espectacular morena más tonta que una piedra, pero con una presencia tan impresionante que te hacía pensar que las buenas conversaciones estaban sobrevaloradas. Cruzaron Marbella llamando la atención; toda la ciudad estaba pendiente del evento, ya que reunía a lo más relevante, tanto de la alta sociedad como del mundo del arte. Realmente eras alguien cuando Carmen Lozano te invitaba y Bécquer no es que fuera «alguien», Bécquer era todo.

*Aquel niño feúcho nacido en una aldea de Galicia no pintaba muy bien. Su madre se había enamorado de un jeta que la rondaba, y con diecisiete años, y apenas sabiendo leer, no resultó presa complicada para aquel desgraciado, un comercial de alimentación venido a más que le prometió tantas cosas que para qué cumplir ni siquiera una si ya tenía entretenimiento cada vez que la aldea le tocaba en la ruta.*

*Tan malo fue aquel cabrón que hasta tuvo la osadía de pedirle la mano al abuelo, con un par. Allí se plantó para decirle lo mucho que quería a su hija, y que por supuesto que iba a cumplir, que aquel embarazo era una bendición y que le habían educado como hombre y que como tal se iba a comportar.*

*¿Sabían aquella historia del que fue a por tabaco?*

*—Sabía que no traería nada bueno, nunca me gustó ese jicho, y mira que te lo dijera veces —insistía la abuela a modo de tortura china—. Ahora toca apandar, y a ver quién carallo te va a querer a ti usada como estás.*

*—Bueno, muller, a ver si va a tener la nena la culpa de todo —replicaba el abuelo reconcomido por la culpa; suya era la responsabilidad de no haber sabido calar a aquel desgraciado. «Si lo agarro se la corto», pensaba muchas veces.*

El coche se detuvo en la entrada, justo delante de la alfombra roja. Una mujer ataviada con un pinganillo y una carpeta comprobó la matrícula del vehículo para saber quién se iba a bajar. Atrás habían quedado las primeras experiencias en eventos similares, donde siempre había un periodista o un curioso que gritaba al ver bajar al famoso de turno un doloroso «Tranquilos, que no es nadie». A Bécquer nunca le había ocurrido; Bécquer era alguien, y menudo «alguien».

También es cierto que ya no despertaba las pasiones de antaño. Hubo un tiempo en que no podía ir solo por la calle, y si lo quería hacer, había llegado incluso a ponerse una gorra con peluca y gafas de sol de un tamaño tan grande que, si se paraba en un semáforo, aparecía un politoxicómano con un limpiacristales. Aquello le resultaba tan extravagante que siempre llevaba la misma gorra, una de color

azul con letras amarillas de Font & Cha que conservaba como un tesoro, como un recuerdo de unos tiempos estupendos que ya habían pasado. Ahora, con cuarenta y cuatro años, estaba un poco de vuelta. Lo achacaba también a que su público había madurado y ya no se comportaban como histéricos cuando aparecía, porque lo de las muchachas en sus primeros años de carrera merece una novela aparte.

Bécquer bajó del coche solo, estaba encantado de lucir trofeo, pero tampoco que pareciese que se había comprometido. Seguía utilizando la de «Voy a pasar por el *photocall* rápido, que es algo que detesto, cariño», y automáticamente añadía a quien estuviese más cerca de los miembros de la organización: «¿La podéis acompañar a la butaca?». Y vía libre para buscar una conquista nueva.

El cómico entraba pisando fuerte, no hacía cola, le daba igual que hubiese una o cien celebridades esperando para posar, no esperaba; llegaba y pasaba. En los últimos años había pasado por delante de actores, actrices, deportistas, políticos y más de un embajador. «¡Bécquer, aquí, por favor! ¡Un poco a la derecha, por favor! ¡Bécquer! ¡Bécquer!». La pose y la sonrisa, ensayadas y fijadas tantas veces, luciendo esos dientes que tanto dinero le costaron en su día, hacía que toda la prensa se volviese. Siempre tuvo encanto, y desde que dejó de preocuparse por lo que dijese los demás, traspiraba por los poros esa libertad y esa chulería que lo hacían único. Sabía

de su atractivo: demasiado guapo para ser cómico, pero no tanto como para ser modelo de perfumería, destacaba por su estatura superior al metro ochenta, por lucir un tupé fantástico como marca de la casa, y por esa elegancia que le daban sus rasgos marcados y sus ojos verde oliva. Era capaz de seducir a quien se le pusiese delante.

El paso por la alfombra roja fue breve, un par de canutazos con dos agencias y poco más. Bécquer llevaba tiempo sin dar entrevistas en profundidad, siempre había presumido de que lo que tiene que hablar de uno es el trabajo, así que a lo sumo una en televisión al año, siempre en *El Hormiguero*, y otra radiofónica con Herrera. Y punto.

Terminados los saludos, y después de unos ochenta selfis con el público que se agolpaba contra las vallas, Bécquer hizo su entrada en el recinto. A su alrededor, muchos compañeros de profesión, a los que iba saludando con las cejas y esa sonrisa baja-bragas que tenía; un chascarrillo por aquí, un «Me alegro de verte» por allá, y siempre preparado para lo que ocurría todas y cada una de las veces en las que acudía al evento que fuese: esperar a que la persona más importante de la noche dejase lo que estuviese haciendo, terminase la conversación en la que pudiese estar metido para acudir al encuentro del artista. Y así fue.

Carmen Lozano lucía impresionante esa noche. Se notaba que había sido Miss Universo, la primera

y única Miss Universo de la República Dominicana; de eso hacía más de cuarenta años y parecía, por su imponente belleza, que el tiempo se había detenido. El vestido largo ajustado a las caderas, el pelo rubio suelto, retoques sutiles en el rostro y en el pecho, de esos que se han hecho bien y que únicamente apuntalan, no inventan, unido todo ello a la dieta de no comer y al ejercicio, convertían a la Lozano en la fantasía de cualquier hombre desde hacía mucho tiempo. Y eso no se compra, se tiene.

—Querida Carmen, bella como siempre —le dijo Bécquer mientras le cogía la mano.

—Querido mío —respondió la diosa de piel morena mientras acercaba su mejilla con el fin de recibir un beso—, te agradezco tanto que hayas podido venir este año. El pasado verano te extrañamos mucho —lamentó Carmen con dulzura y Bécquer percibió sinceridad en sus palabras.

—Momento complicado el pasado verano, la verdad, pero ahora estoy aquí y nos podremos ver más —contestó Bécquer con cariño.

—Carmen Lozano estaba, además de radiante, feliz de poder charlar con su querido amigo. Aprovechando el ambiente de cierta intimidad personal, sacó su vena periodística.

—¿Es cierto que te vienes a tu casa de Madrid definitivamente? —Carmen hizo la pregunta con prudencia; era muy raro que Bécquer contestase a lo más mínimo sobre su vida privada. Parte de su ma-

gia era precisamente contar muy poco con el fin de que inventasen los demás.

Si algo tenía Carmen era una amabilidad tal que resultaba imposible no contestar a cualquier cosa que te preguntase.

—Pues la verdad es que sí —respondió Bécquer—, hasta he puesto en venta la casa de Miami. Me estoy desprendiendo de todo, me vuelvo a Madrid. Toca bajar el ritmo.

Bécquer reveló más de lo que le hubiese gustado, pero por lo menos no dijo la verdad verdadera: que se volvía por su hija, a ver si lograba convencerla de una vez por todas de que tenía padre.

Los camareros comenzaron a deslizar bandejas con diferentes viandas; Bécquer las dejaba pasar con una elegancia pasmosa, solo le interesaba la del jamón. Una de las ventajas de ser quien era estaba precisamente en el trato con los camareros. A la primera que pasó por su lado con una bandeja repleta de copas de un champán excelente le dijo:

—Buenas noches... —Y dejó espacio para que aquella jovencita de unos veinte años completase el hueco.

—Marta —contestó nerviosa.

—Marta, me encanta tu nombre. De hecho, era mi primera elección para mi hija, pero se impuso el criterio de su madre. —Mentira, tanto lo de la elección como lo del criterio. Siempre se hacía lo que decía Bécquer, de ahí que su condición de divorciado fue-

se un estado lógico y natural. Con esa frase, la chiquilla ya estaba en el bolsillo, una estrella como Bécquer alabándole el nombre de tal forma... Ya tenía una anécdota para contar siempre—. ¿Te puedo pedir un favor? —continuó mirándola profundamente a los ojos.

—Sí, claro —contestó ella, como si tuviera otra opción.

—¿Me traerías uno de esos platos de jamón tan estupendos que tenéis y otro de caviar, pero no de los pequeños? Prepárame uno grandecito con las dos cosas, ¿ok?

Y así fue como Bécquer le pasó el marrón a la muchacha. Ahora ella tendría que ir a discutir probablemente con algún encargado; ella, que lo único que podía hacer era llevar bandejas con bebidas, tenía de repente que conseguir un plato con jamón y caviar para aquel señor.

En menos de cinco minutos Bécquer disfrutaba de su aperitivo.

El ambiente cada vez era mejor, el evento contaba con unos trescientos invitados *top* que se iban saludando de un lado al otro antes de ocupar sus mesas, unas treinta aproximadamente de diez comensales cada una, todas redondas y perfectamente ornamentadas. Destacaban por encima de las servilletas con formas extravagantes y el montón de tenedores

al lado del plato, los centros florales de color blanco con especies que no eran habituales en verano, pero que ahí estaban.

El menú, según rezaba la invitación, sumaba catorce estrellas Michelin. Los chefs nacionales más galardonados habían preparado los platos y diseñado el menú codo con codo. De los postres se encargaba el francés Lefebvre, famosísimo en su país de origen por un programa de televisión de repostería y que había llevado el *macaron* a otro nivel.

El aperitivo discurrió con tranquilidad: saludos, intercambio de miradas, algún chascarrillo y mucha conversación banal. A Bécquer le había alegrado coincidir con varios amigos del mundillo a los que casi había perdido la pista; hubo un momento cuando se formó un pequeño corrillo en el que, si los contabas, había más Goyas y premios Iris que personas.

Hacía tiempo ya que Bécquer acudía a esta clase de eventos sin mayores pretensiones. No fue siempre así. Son lugares perfectos para hacer contactos y sobre todo para que te vean si no tienes trabajo. Él era de aquellos a los que jamás le había avergonzado pedirlo. Si bien su carrera había sido meteórica, nunca tuvo reparos en levantar el teléfono y decirle a un director o a un productor: «Aquí estoy».

El primer plato fue un tanto regularo: la *bomba de lentejas confitadas* era lo más parecido a una patada en el estómago, y el *sorbete sólido de torta del Casar*,

además de una estupidez, condenaba al paladar a que el resto de la noche todo te supiese a pies.

A Bécquer le costaba salir de casa, pero, una vez cruzado el umbral, era un profesional en eso de ser encantador. Ciertamente es también que lo aprendió con los años; poco a poco se fue quitando la timidez de ser un recién llegado hasta asumir su condición de estrella. De hecho, su mayor mérito fue empezar a comportarse como una antes de llegar a serlo y siempre con un mantra en su cabeza: «Si una persona te saluda por la calle y eres encantador, será tu relaciones públicas para siempre y eso garantiza un crecimiento exponencial». Daba igual lo pesada que fuese la señora de turno. Se iría con una broma, una sonrisa y un comentario cariñoso. Bécquer siempre cuidó mucho esto de una manera genuina.

Para él su jefe era su público, por encima de cualquier cosa, y, dentro de su público, el que pagaba la entrada para verlo en directo. Bécquer los adoraba y era mutuo. «Mi carrera me la hace el público, y yo estaré sobre un escenario hasta que ellos me lo digan», había declarado un sinnúmero de veces, e incluso le había acarreado algún problema con sus «jefes de corbata». Bécquer los respetaba, pero nunca los había temido ni dejado que se metieran donde no los llamaban.

Cuando llegaron los platos principales, la mesa de Bécquer era ya pura diversión. Estaba sentado en la uno, la única con una docena de sillas. Ahí com-

partía «delicias» con Carmen Lozano y su nuevo marido, a quien el cómico llamaba «Número Cinco». Con tantos matrimonios que atesoraba la Lozano, hacía ya tres que no perdía el tiempo en memorizar el nombre. Al lado de la bella Carmen el alcalde de Marbella y señora y el presidente de la Junta de Andalucía, recién renovado con flamante mayoría absoluta, y que no paraba de decirle a Bécquer lo mucho que se reía con él. Al otro lado de Carmen estaba el presidente del Banco de Cantabria acompañado de una de sus hijas y potenciales sucesoras, y cerrando la alineación el mismísimo Antonio Banderas.

A Bécquer siempre le había gustado Antonio; cuando tuvo la fortuna de conocerlo en Los Ángeles temblaba como un flan. «¡Joder, el Zorro!», exclamó para sus adentros al verlo entrar en la habitación. Pocas personas lo habían impresionado tanto como Banderas, por sus maneras, su inteligencia, su cultura y su amor por el teatro y el cine. Habían pasado más de veinte años desde ese encuentro y Bécquer seguía diciéndose a sí mismo: «Ojalá fuera como Antonio».

El cariño, además, era mutuo. En Los Ángeles Antonio era el mejor embajador de España y siempre recibía con cariño a los recién llegados. Ahora atesoraba además una experiencia y una calma que Bécquer envidiaba. También es cierto que Banderas tenía veinte años más, pero su inteligencia y ese increíble corazón... Eso no se compra ni se aprende.

*Se sentaron a esperar en el salón de una mansión impresionante. Bécquer alucinaba al ver el tamaño de la estancia. Había tres pianos, ¡tres pianos!*

*—¿Para qué cojones quiere alguien tres pianos? —exclamó en voz alta sin darse cuenta.*

*—Para que no se enfade quien te lo regala y, además, quedan bonitos.*

*Un escalofrío recorrió el espinazo de Bécquer. Corría el año 2001 y aquel chaval de veinte años, inoportuno como pocos, se quedó petrificado al girarse y encontrarse de frente a la mayor estrella del cine español.*

*—Lo siento mucho —se disculpó.*

*—No te preocupes —dijo Antonio mientras lo abrazaba—, a mí también me parece un poco gilipollez.*

*Y a continuación comenzó a reírse a carcajadas haciéndole sentir en casa. Porque Antonio no te hablaba, Antonio te abrazaba.*

Terminados los postres, Carmen subió al escenario para decir unas palabras. Agradeció la presencia de los asistentes, enumeró los logros de la fundación a lo largo del año, pidió mayor presencia de mujeres en puestos directivos y envió un cariñoso saludo al pueblo ucraniano. Impecable como siempre.

Lo que nadie se esperaba fue lo que ocurrió a continuación. Justo antes de dar paso al concierto de Marc Anthony, sin duda el plato fuerte de la noche, Carmen dijo que era una ocasión muy especial

ya que por primera vez se iba a entregar un reconocimiento...

—... Al trabajo, a la generosidad, a una persona que ha sabido conjugar el éxito con el cariño hacia los demás. Desde el principio se ha entregado a sus semejantes en un acto de amor constante. Su defensa de la cultura y de la infancia le han hecho merecedor de este reconocimiento, el primer galardón que otorga la Fundación Carmen Lozano... Pido un fuerte aplauso para Bécquer.

De repente Bécquer se vio cegado por un cañón de luz. Era algo totalmente inesperado, la época de recibir premios había pasado y quizá ahora tocaba empezar a recibir galardones de artista mayor. De tan inesperado, no pudo evitar los nervios, se levantó casi tembloroso, besó en la mejilla a su acompañante, abrazó a Antonio y a su pareja, estrechó la mano del alcalde y del presidente y se dirigió al escenario mientras los asistentes vitoreaban y aplaudían.

—Vaya, sonará a tópico pero realmente no me lo esperaba —dijo mientras su cerebro aceleraba para encontrar las palabras exactas—. Gracias, Carmen, por ser siempre tan generosa conmigo, exageradamente generosa. Gracias a todos por vuestro cariño. Nunca imaginé, al principio de mi carrera, que iba a vivir momentos así: gracias por haber estado siempre conmigo, riéndoos conmigo, acompañándome. —La mano derecha de Bécquer, tal vez de manera inconsciente, se tocó el nudo de la corbata y justo

ahí se le quebró la voz—. Espero de corazón estar a la altura de este reconocimiento, porque todo pasa y lo único que queda son los recuerdos de momentos como este. Todo lo demás da igual. Como me dijo alguien muy importante para mí, lo único que importa es ser un hombre bueno. Gracias de corazón.

El auditorio rompió entonces en un aplauso unánime; la ovación crecía sin poder detenerse, como un tsunami de admiración. De manera casi instantánea, los asistentes se levantaron para aplaudir en pie las palabras de Bécquer quien, embriagado por la emoción, bajó los siete peldaños que lo separaban de su mesa y se acercó de nuevo, casi avergonzado, a Carmen, y al oído volvió a susurrarle un «gracias» al tiempo que le agarraba las manos. Después de volver a saludar brazo en alto ocupó su asiento.

—Una copa de champán —dijo un servicial camarero acercándole a Bécquer la bandeja.

—Por supuesto, y tráigame también el mejor ron que tengan —añadió mientras se palpaba el pecho en busca del teléfono: «Tengo que contarle esto a Lucía».

Cuando observó la pantalla de su iPhone, comprobó que no dejaban de entrar wasaps, las redes sociales ya se hacían eco de lo que acababa de ocurrir a través de la cuenta oficial del festival, los digitales comenzaban a publicar la noticia y al fondo se agolpaban las agencias solicitando, casi a gritos, que Bécquer dijese algo.

Un repaso en diagonal de los remitentes le hizo detenerse en un número larguísimo, de esos que te escriben para recordarte citas en el médico o en Hacienda, nunca nada bueno. Abrió el mensaje y descargó una imagen. Lo que se veía era el escenario del festival en el momento en que agradecía el galardón y debajo cinco palabras: «Los hombres buenos también mueren».

Guardó el teléfono y se puso de pie. Antonio quería hacer un brindis.